

# **PARTE 1**

**431 a. C.**



## Capítulo 1

Irene contemplaba absorta el mar de edificios que se extendía ante su mirada a lo largo del camino que recorrería en breves instantes. El bullicio a su alrededor era incesante y no paraba de oír caballos relinchando y voces dando órdenes para organizar al gran tumulto que se agolpaba junto a la muralla de la ciudad de Atenas. Era una calurosa mañana estival de finales del mes de hecatombeón<sup>1</sup> y la polis necesitaba más que nunca de la protección de su patrona, la diosa Atenea.

Atenas celebraba su sexto día de las Panateneas, el festival al que todo ciudadano acudía orgulloso, procedente bien del propio núcleo urbano como de las aldeas que rodeaban a la polis y que estaban integradas en la vida política de esta. En estas celebraciones se conmemoraba la protección que brindaba Atenea a la ciudad y, sin duda, el día más importante de todos acababa de comenzar. Irene lo sentía mientras se le erizaba el vello al comprobar el séquito que la acompañaría en tan solemne procesión, salpicado por la luz del sol que despuntaba por el este, tras la imponente acrópolis. La tradición aseguraba que ese día había nacido Atenea.

El ruido de la muchedumbre fue acallándose a medida que una mujer caminaba implacable junto a cada una de las filas que integraban la marcha, ordenadas meticulosamente tal y como ella misma y sus ayudantes habían dispuesto. Avanzaba desde el extremo final, comprobando que nadie volvía a abrir la boca y que todos estaban en

---

<sup>1</sup> Este mes de 30 días equivalía aproximadamente a nuestro julio. Se llamaba así por la hecatombe en honor de Atenea en las Panateneas.

sus puestos, preparados para comenzar el trayecto. Irene se sorprendió al encontrarse con la fulminante mirada grisácea de la mujer, la mismísima sacerdotisa de Atenea, que ocultaba su cabello bajo un velo blanco y cubría su cuerpo con un pepló de lana nívea que le caía pesadamente hasta los tobillos. Tan solo los bordes de su indumentaria estaban recorridos por una línea reluciente de oro. Irene, avergonzada, giró el rostro rápidamente y miró al frente mientras se llevaba a la cabeza la cesta que hasta entonces había sostenido descuidadamente, implorando a Atenea no haberse ganado la desaprobación de su sacerdotisa principal.

La mujer continuó hasta llegar al inicio de la marcha ya que era ella quien la encabezaba junto a las arréforas, las cuatro doncellas nobles de diez años que habían permanecido el último año al servicio de la deidad para realizar, entre otras funciones, el preciado presente que habrían de entregarle en agradecimiento por su patronazgo. Las siguientes figuras de la procesión eran las canéforas, que portaban sobre sus cabezas las ofrendas y los objetos necesarios para los sacrificios y rituales del día. Entre ellas se encontraba Irene. Eran las primeras Panateneas en las que participaría la joven de veinte años y no podía cometer el más mínimo fallo. No quería ser nuevamente señalada ni que un paso en falso fuera considerado como un mal augurio para el destino de la polis.

Las piernas de Irene comenzaron a flaquear cuando bajó el brazo izquierdo, sosteniendo la cesta solo con la mano derecha. Tratando de mantener la compostura, miró a su derecha y contempló el perfil de su cuñada, una mujer de duras facciones que permanecía en la misma posición que Irene. Sin embargo, ella lograba mantenerse totalmente erguida y miraba al frente en completo

equilibrio, con la barbilla bien alta, como si el peso de la cesta fuera incapaz de inmutar tan fuerte carácter. Hipólita miró de reojo a Irene y dibujó una media sonrisa en sus finos labios. La joven sintió el cariño y el apoyo de una canéfora que había participado en aquella procesión desde hacía varios años y aferró con determinación la cesta. Estaba dispuesta a no fallar a su esposo tras la ciega confianza que este había depositado en ella. Tampoco se fallaría a sí misma.

En ese instante, la sacerdotisa mayor alzó los brazos lentamente y pronunció las siguientes palabras, tan solo interrumpidas por el alegre sonido de algunos pájaros:

—¡Oh, Atenea Polias, tuya es la ciudad, tuyo es este séquito, tuyos somos los atenienses!

La mujer dejó caer los brazos y dio un paso al frente. Las arréforas no dudaron un segundo y la siguieron, adelantando como ella el pie derecho, mientras sostenían el regalo confeccionado para la diosa. Acto seguido, las canéforas las imitaron e Irene comenzó a avanzar, rezando para que todo fuera bien y pudiera aguantar el trecho que tenía por delante sin problemas. Sintió el peso de la lana del peplo blanco que vestía con cada paso que daba sumado al de la cesta. El sol veraniego auguraba un día tórrido, por lo que las gotas de sudor no tardarían en asomar a su frente y resbalar por las sienes de igual manera que el velo caía sobre sus hombros, también inmaculado y con figuras geométricas azules como única decoración en el borde inferior.

La marcha siguió avanzando y abandonó su posición inicial junto a las murallas, en la puerta Dípila, al noroeste de Atenas. Irene temió por un instante perder el

equilibrio tras haber dado varios pasos sobre la grava que cubría la Vía Panatenaica, pero logró pisar con firmeza y mantenerse erguida. Escuchaba en silencio los pasos de cuantos la seguían en aquel meditado séquito. Sin necesidad de darse la vuelta, Irene era capaz de adivinar con los ojos cerrados el orden de las filas dispuestas tras ella pues había presenciado aquella procesión desde que tenía uso de razón, año tras año, ávida por no perderse un solo detalle entre las cabezas del público. Tras las canéforas se encontraban los oficiales encargados de realizar los sacrificios al llegar a la acrópolis, seguidos por cien cabezas de bueyes y algunas ovejas, cuidadas y diligentemente dirigidas por varios muchachos. La sangre de las reses sería derramada en honor de Atenea para luego ofrecer un gran banquete con su carne en el que todo ateniense tenía cabida. Después de los animales había varios jóvenes con jarras de agua, ancianos que portaban ramas de olivo, el árbol sagrado que la diosa había regalado a la ciudad; metecos o extranjeros procedentes de otras póleis que residían en Atenas, con bandejas colmadas de ofrendas; y músicos que deleitaban con sus flautas y cítaras a la muchedumbre hacinada a ambos lados del trayecto. Cerraban la marcha un grupo de soldados de infantería y otro de jinetes sobre sus caballos, algunos imberbes y con un simple manto sobre los hombros por toda indumentaria; otros más mayores, como señalaba su barba, ataviados con una túnica corta que cubría su desnudez. Todos ellos constituían un nutrido contingente militar. Uno de los apuestos hombres a caballo era Acacio, el esposo de Irene.

La joven comenzó a sentir una ligera punzada de dolor en la espalda. Se llevó la mano izquierda a la cintura y se acarició la zona lumbar con los dedos a través de los

pliegues verticales del pesado peplo. Acto seguido, se llevó la mano al vientre y susurró entre dientes:

–Compórtate, pequeño.

Le había ocultado a su esposo que estaba embarazada porque sabía que entonces no apoyaría su decisión de participar en la procesión de las Panateneas. Además, tampoco tenía la certeza total de haberse quedado encinta: tan solo había tenido un retraso menstrual, pero sí que albergaba una profunda corazonada de que en el fondo de su ser se desarrollaba una pequeña vida. Solo le había confiado sus incertidumbres a Hipólita, la hermana de Acacio. Su cuñada se había mostrado como una fiel confidente y se había alegrado fervientemente por ella, tal y como sus palabras habían anunciado. Sin embargo, Irene había advertido la triste sombra que apagó los ojos claros de Hipólita cuando supo la noticia y la joven embarazada sintió lástima por ella. Hipólita llevaba casada ocho años y nunca había logrado concebir criatura alguna.

–Solo espero que no te sientas indispuesta –le había advertido Hipólita.

–Tranquila, está todo bajo control –había respondido Irene, aparentando mayor seguridad de la que realmente sentía.

–Deberías pensarte bien lo de la procesión.

–No tengo otra opción, Hipólita. Desde que mis padres cayeron en desgracia, siento los murmullos y las miradas clavadas de la gente, juzgándome, a pesar de lo poco que salgo de casa. Necesito demostrar que ya nada

me une a ellos y que pertenezco por completo a este oikos.

Hacía poco que la paz entre la liga de Delos, un conjunto de polis lideradas por Atenas, y la liga del Peloponeso, ciudades-estado encabezadas por Esparta, se había interrumpido. Un tiempo de concordia que habría de mantenerse treinta años y que solo había perdurado unos trece. Sin embargo, la paz no era más que un concepto relativo en una atmósfera tan cargada de tensión entre ambas confederaciones. Hacía unos meses los peloponenses habían dado por deshecha la posición pacífica de los atenienses tras una serie de movimientos que estos habían realizado en el complejo mapa político que dibujaban las póleis griegas, por lo que los espartanos y sus aliados habían declarado la guerra a la liga ático-délica.

La estrategia de los atenienses ante tal amenaza había consistido en atacar con su potente flota, superior a la enemiga, las naves dispuestas en las costas del Peloponeso. Los habitantes de esta región, por su parte, eran más diestros por tierra que las póleis que conformaban la liga de Delos. Por ello, avanzaron sin vacilación con su infantería hacia el Ática, atravesando el istmo de Corinto, ciudad satisfecha con la futura invasión pues pertenecía a la Liga del Peloponeso y había protagonizado varias disputas con sus vecinos, los atenienses. Sin embargo, cuando el ejército peloponense llegó a las vastas extensiones rurales del Ática, no encontró a ningún enemigo al que repeler ni aniquilar. El gobernante más importante y popular de Atenas, Pericles, había decidido movilizar a todos los ciudadanos que vivían en el campo, junto a sus familias y esclavos, a la urbe para protegerlos tras sus imponentes murallas mientras aguardaban a que los peloponenses se rindieran, exhaustos. Los suministros no

escasearían en Atenas pues la ciudad recibía sus provisiones a través del Pireo, el puerto con el que estaba comunicada gracias a un sistema defensivo de murallas inexpugnables. Aun así, los atenienses llegados de las zonas rurales tuvieron que contemplar, impotentes, cómo los enemigos arrasaban la tierra que habían trabajado hasta entonces en una suerte de invasión sin resistencia. Pericles prefería ser cauto y no perder vidas, recursos y dinero inútilmente.

En este clima de tensión latente, los celos entre unos y otros ciudadanos atenienses se habían agudizado y Teófanos y Castalia, los padres de Irene, no habían salido bien parados. Varios vecinos suyos los habían acusado con anterioridad de laconizantes, es decir, partidarios de la política y la forma de vida espartanas. Estos alegatos maliciosos se habían sustentado en meras suposiciones basadas en el simple aspecto que Teófanos exhibía. Gustaba de dejarse el oscuro cabello largo, costumbre poco arraigada en Atenas, pero fuente de orgullo entre los veteranos lacedemonios. A pesar de su riqueza, conocida por todos, el comerciante de tejidos prefería vestir túnicas simples y austeras que profesaban un profundo desapego por la buena presencia que todo ateniense de bien debía mostrar. No obstante, todo eran conjeturas en balde que solo germinaban en las mentes de envidiosos y correveidiles, pero no se plasmaban por escrito en forma de una acusación o sentencia real.

En el lecho conyugal, Acacio había tratado de calmar a su esposa, asegurándole que sus padres no corrían riesgo alguno, pero él también desaprobaba la fachada pública que Teófanos personificaba. Irene sabía que su padre pregonaba un estilo de vida minimalista y austero por la propia educación que había recibido desde

pequeño. Su padre, el abuelo de Irene, se llamaba Aniceto y había pertenecido a una familia que no tenía una sola dracma; tan solo se dedicaba a sobrevivir con una pequeña parcela agrícola que les proporcionaba lo indispensable. Su suerte había cambiado con el joven Aniceto, que a sus quince años albergaba unas ganas inmensas de prosperar, por lo que puso sus manos al servicio de un acaudalado meteco, un extranjero llegado desde Corinto. El hombre importaba desde su tierra natal lana basta y, desde lugares más remotos, lino de la mejor calidad para que sus esclavos y hombres contratados lo transformasen en suntuosos peplos, quitones e himationes en el interior de su taller.

Aniceto aprendió con sudor y esfuerzo un oficio en el taller más afamado de Atenas, donde se producían las túnicas más alabadas por la aristocracia y la clase política. Sin embargo, el meteco no tenía descendencia y a su muerte decidió dejar toda su herencia en manos de un Aniceto treintañero que se había ganado la confianza del corintio desde el día en que lo visitó para pedirle trabajo. Sus manos llenas de durezas dejaron entonces de trabajar la materia prima en el patio porticado del hogar para comenzar a apilar monedas de oro y plata, gestionar el negocio mejor incluso que su maestro y educar a su hijo, Teófanos, en un clima alejado de la opulencia que se esperaba de una familia tan adinerada. Así, el padre de Irene había heredado un patrimonio considerable y posteriormente se había casado con Castalia, hija de otro comerciante de cerámica acaudalado, con la que engendró a la bella Irene.

La joven había heredado los ojos de su madre, de un profundo color negro como el azabache al igual que el cabello largo que solía recoger en trenzas firmemente

dispuestas alrededor de la frente y la coronilla. Era evidente el contraste con su piel suave y blanca, que delineaba una figura que habría servido de modelo a cualquier artista del momento. Con la cintura de avispa y el vientre plano, Irene había alcanzado la adolescencia sana y fuerte, afamada por su rostro impoluto y angelical, como si hubiera sido esculpido por el mítico Pígalión, en perfectas proporciones dadas la nariz pequeña, la sonrisa inocente pincelada en unos labios finos y rosados y la barbilla recta. Era la verdadera joya de la que sus padres presumían en secreto pues públicamente debían lamentar la muerte de un varón que no alcanzó el año de vida. No tenían heredero, pero les había bastado con su pequeña, cuya dote había sido extremadamente generosa y le había permitido casarse con un miembro de la nobleza, tal y como Castalia deseaba. Teófanos, quien se había mostrado reticente ante tal idea, pues detestaba la forma de vida de las élites atenienses, había terminado accediendo por el bien de su retoño. Cualquiera en su sano juicio envidiaría el ascenso social que la familia de Aniceto había experimentado en tan pocas generaciones.

De esta forma, Irene, tras cumplir los diecinueve años, se casó con Acacio, el vigoroso y apuesto heredero del genos de los Gláuquidas. Pertenecer a un genos era todo un privilegio pues tan solo una reducida parte de la sociedad ateniense podía trazar sus orígenes y establecer su linaje en un héroe fundador. Acacio era diez años mayor que Irene y profesaba un enorme amor, o al menos cariño, por su esposa, que lo idolatraba y sabía de la suerte que tenía. Ahora formaba parte de otro oikos u hogar pues había dejado atrás el de sus padres tras casarse y se debía a su nueva familia. Sin embargo, no pudo

evitar sentir un profundo dolor al saber que sus padres habían sido condenados a muerte.

Poco después de la declaración de guerra de la Liga del Peloponeso, los rumores sobre el apoyo de Teófanos a los enemigos no hicieron más que alimentarse.

–Tu padre, en lugar de empezar a cambiar de aspecto para acallar a la gente, no hace otra cosa sino recibir a un general espartano en su casa –le había confesado Acacio a Irene la noche en que fue detenido. Las noticias habían corrido como la pólvora.

Ambos se encontraban en sus aposentos privados e Irene pudo dar rienda suelta a sus lágrimas, que fluían como torrentes. Delante de sus suegros había tratado de mostrarse impertérrita tras saber de la detención de sus padres, pero no había tardado en retirarse antes de que las piernas le flaquearan y se derrumbara delante de ellos. Suficiente vergüenza debían sentir tras haber emparentado su genos con unos traidores como para también contemplar las lágrimas vertidas por unos malditos laconizantes.

Acacio había abrazado con ternura a Irene. Desaprobaba por completo las acciones de Teófanos, pero era capaz de entender el sufrimiento de su esposa.

–No... no logro entender por qué mi padre se reuniría con un espartano nada más comenzar la guerra.

Acacio permaneció en silencio. Irene no necesitó mucho tiempo para comprender que debía tratarse de un espía. La acusación cobraba fuerza por el hecho de que el general espartano vestía como un campesino ateniense que se había infiltrado en la polis entre la muchedumbre que abandonaba los campos, tal y como el político

Pericles había ordenado, antes de que llegara la ofensiva enemiga. Teófanos debía estar revelándole información sobre los planes de la Liga de Delos y a saber qué otras cosas.

Irene sintió un escalofrío. Creía que la forma de vida de su padre respondía a la austeridad en la que se había criado y a su desprecio por la opulencia; jamás habría pensado que Teófanos podría vender a su pueblo.

—¿Cómo pudieron saber que mi padre se había reunido con ese hombre si vestía como el resto de campesinos? —Las incógnitas seguían asaltando los pensamientos de la joven.

—Al parecer, algunos vecinos vieron cómo Teófanos recibía al hombre. Tenían la excusa perfecta para entrar y encontraron lo que querían.

—Entonces... ¿ha sido acusado por laconizante?

—Y por traición. Mañana será el juicio, pero te pido que no tengas esperanza... Necesito que seas fuerte.

Irene se limpió la cara con el dorso de la mano, respiró profundamente y miró a su esposo a los ojos.

—No lloraré más por mi padre. Nos ha traicionado. Ha traicionado a Atenas. Pero mi madre... —Irene no concebía a Castalia urdiendo un plan para ayudar al enemigo en la guerra venidera—. Estoy segura de que ella no tiene nada que ver...

—La sentencia será la misma. Tu madre no tiene voz ni voto. Es su esposa y ha estado encubriendo las prácticas de Teófanos. Lo siento mucho, Irene.

Como Acacio había pronosticado, los padres de la joven habían sido sentenciados a muerte en un juicio de urgencia que se celebró al día siguiente. El general espartano corrió la misma suerte que Teófanos y Castalia, aunque estos no sufrieron el hierro de la espada, sino el efecto sedante y letal de un preparado de cicuta. Irene supo todo esto por boca de su esposo y fue incapaz de cumplir su promesa. Lloró amargamente, a solas y en silencio, cobijada en sus aposentos. Jamás tuvo constancia de si sus padres recibieron un enterramiento digno; solo supo que todos los bienes de Teófanos habían sido confiscados por el Estado dado que no había preparado ningún testamento e Irene no podía heredar. La gente murmuraba, indignada y complacida al mismo tiempo, que al menos el dinero del traidor financiaría la guerra cuya victoria pretendía vender al enemigo.

Por todos estos sucesos, Irene sentía todas las miradas de la multitud que asistía a la procesión de las Panateneas clavadas en ella. La canéfora trataba de ignorarlas y mirar altivamente al frente, orgullosa, demostrando que ella no era una traidora y que pertenecía a uno de los linajes más ilustres de Atenas.

Su suegra, la tenaz Eunomia, había rechazado tajantemente que la joven participara en la solemne marcha mientras que su suegro, el reflexivo Glauco, prefirió dejar esa decisión en manos de su hijo, quien tenía realmente la última palabra en tal discusión. Acacio no dudó en contrariar a su madre y complacer a Irene. Esta sintió un profundo agradecimiento pues necesitaba acallar los rumores que pululaban a su alrededor. Su oikos ya no estaba junto al comerciante de tejidos sino bajo el techo de los poderosos Gláuquidas. Su mejor carta para apagar las ascuas de celos de los más reticentes era el bebé que

llevaba en el vientre y que sellaría su unión con el resto de la familia. Tenía el presentimiento de que sería un niño, hermoso y fuerte como su padre.

Un mechón rebelde de la oscura melena de Irene resbaló por su frente justo cuando la Vía Panatenaica se ensanchaba y daba lugar a un amplio espacio que maravillaba la vista de todo el que pasaba. La joven canéfora devolvió el mechón a su lugar con delicadeza, sin perder el equilibrio y entornando los ojos para habituarse poco a poco al inclemente sol que bañaba con perlas de sudor los rostros de las figuras de la procesión y del público. Irene sonrió ufana al contemplar la espléndida plaza que tenía ante sí: el ágora. Había recorrido la mitad del camino.

El ágora se configuraba como el centro neurálgico de la polis. Estaba repleto de construcciones solemnes y porticadas, decoradas armoniosamente con esbeltas columnas que inspiraban el más profundo respeto por las instituciones a las que daban cobijo. Se trataba de edificios civiles, como el majestuoso tribunal de justicia o la casa de la moneda, y religiosos, como santuarios y templos en honor de los dioses, quienes procuraban el buen rumbo de Atenas a cambio de la veneración de sus ciudadanos. En aquel espacio abierto se debatían los principales asuntos que concernían a la ciudad y determinaban su futuro político. Constituía un lugar de reunión donde ciudadanos ilustres y humildes, hombres libres y esclavos, mayores y pequeños deambulaban de un lado para otro, llenando de bullicio y vida la zona, a la caza de productos en puestos de venta fijos o ambulantes o simplemente para murmurar y saber sobre las últimas nuevas de algún escándalo.

Sin embargo, aquel día la actividad incesante del ágora se había detenido para dar paso a la marcha panatenaica que discurría sin interrupciones, avanzando firmemente. Irene observó que varias personas se refugiaban del calor bajo la seductora sombra de los árboles que daban color y frescura a la plaza y que se extendían a un lado y otro del trayecto. Asimismo, la joven contempló maravillada el Altar de los Doce Dioses, un espacio sagrado que consistía en un bloque de tonos azules y rojizos erigido a la derecha del camino y que servía como punto cero de Atenas. Había sido destruido por los persas hacía unos cincuenta años tras su invasión temporal durante las Guerras Médicas. Después de la derrota persa, Pericles había prometido a la ciudadanía embellecer nuevamente la ciudad, tal y como había hecho, levantando nuevos edificios, algunos más imponentes que los anteriores, y reconstruyendo algunos destrozados. Este no había sido aún el caso del altar, que esperaba pacientemente su remodelación.

Irene giró la vista un poco más a la derecha para contemplar otras joyas majestuosas como el Templo de Hefesto, que sobrecogía al tiempo que daba la bienvenida a los transeúntes dadas las armoniosas proporciones de su cuidado diseño. Un poco más allá se encontraba otro memorial que henchía de orgullo a los atenienses: el Monumento de los Héroes Epónimos, que representaba a los diez fundadores de cada una de las tribus que constituían Atenas.

La procesión no tardó en abandonar el ágora y proseguir su camino hasta la acrópolis. Apenas quedaba el último empujón, pero el calor asfixiante no daba tregua. La sensación de sofoco era aún mayor pues había que sumarle el peso de la cesta sobre la cabeza, la postura

incómoda y los pliegues del peplo, pegados al cuerpo de Irene, bañado en sudor. La joven trató de sacar fuerzas para acabar el cortejo con éxito, imitando los pasos firmes y la barbilla adelantada de Hipólita, que continuaba su marcha, imperturbable y serena, a la derecha de Irene.

Así fue como la procesión llegó a la escalinata que ascendía a la acrópolis. Había llegado el momento crítico. En cualquiera de los numerosos escalones excavados en la piedra una canéfora inexperta como Irene podría perder el equilibrio y caer, lo que sería visto sin duda como un mal augurio, una señal de abandono de la protección de Atenea justo en los momentos en que la ciudad la necesitaba más que nunca. Si el incidente fuera, además, protagonizado por la hija de unos traidores, el veredicto de la diosa sería aún más inexorable.

Irene comenzó a subir hecha un manojito de nervios, volcando toda su energía en mantener el equilibrio. Contuvo el aliento hasta que se encontró en la cima, frente a los Propileos, la majestuosa entrada porticada de la acrópolis, cuya construcción se había detenido debido al conflicto con los espartanos, aunque estaba prácticamente finalizada. En ese momento, la marcha se detuvo y la sacerdotisa elevó los brazos, como había hecho al principio.

—¡Oh, Atenea Polias, tuya es la ciudad, tuyo es este séquito, tuyos somos los atenienses!

Los Propileos estaban rematados por un tímpano triangular sin decoración y presididos por seis filas de columnas dóricas, tres a cada lado del corredor que daba acceso al recinto interior. Irene respiró profundamente, sintiéndose embargada por la atmósfera sagrada que despedía aquel espacio que servía como lugar defensivo, de

culto y de custodia del tesoro. La sacerdotisa reanudó la marcha e Irene cruzó el pasillo que cubrían los Propileos para dar con la zona más resplandeciente e importante de Atenas.

Fueron recibidos por una estatua de tamaño colosal hecha de bronce de la diosa protectora, la llamada Atenea Prómacos. La deidad vestía armaduras de guerra que refulgían con los rayos de sol y sujetaba con su mano izquierda un enorme escudo mientras sostenía, implacable, una lanza en la derecha.

Irene tragó saliva al ver la imagen que tenía ante sí. La escultura era solo un pequeño ejemplo del esplendor de aquel complejo de edificios majestuosos de mármol del Pentélico cuyo color blanco brillaba más que nunca, impoluto, en aquel día sagrado. Los colores dorados, azules y rojizos daban vida a las esculturas que llenaban los tímpanos y escenificaban episodios míticos, como ocurría en el mayor de los edificios de la acrópolis, el Partenón, cuyas obras habían finalizado recientemente. En su frontón oeste se representaba la victoria de Atenea como patrona de la ciudad frente a Poseidón. El templo, ubicado junto a la ladera sur de la meseta, daba fe de la era gloriosa protagonizada por Atenas, así como de la riqueza acumulada tras su victoria frente a los persas.

Las canéforas se detuvieron, tras dejar atrás la escultura de bronce, frente al templo de Atenea Polias, «de la ciudad», la protagonista de las Panateneas. Solo la sacerdotisa principal y las arréforas accedieron al interior y ofrecieron con profunda solemnidad, mientras murmuraban ciertas fórmulas sagradas, el presente que había encabezado la marcha: un peplo finamente hilado y bordado. En él se representaban primorosamente algunas

escenas de lucha entre la diosa y los gigantes que amenazaron a los olímpicos y, por ende, al orden establecido, en la conocida gigantomaquia. Esa victoria contra los agentes del caos también aparecía reflejada en el tímpano del templo al que accedieron las servidoras de Atenea. Con suma delicadeza, la sacerdotisa procedió a cubrir con el peplo la escultura de Atenea hecha de madera de olivo que albergaba el templo. La leyenda aseguraba que la estatua era un regalo de los dioses pues había caído del cielo, aterrizando en la acrópolis.

A sus espaldas, Irene escuchó cómo los oficiales encargados de los sacrificios afilaban sus cuchillos. Aún quedaba mucho por hacer ya que los dioses esperaban el derramamiento de sangre de más de cien reses. El altar donde se efectuaría la hecatombe se erigía tras el templo, donde Irene y el resto de las canéforas colocaron las cestas que habían trasladado desde la puerta Dípila. Irene sintió la liberación de sus músculos tras deshacerse del peso y se hizo a un lado junto a Hipólita para contemplar las ofrendas que tanto los atenienses como los dioses observarían.

—Lo has hecho muy bien —le susurró Hipólita al oído, sin mudar la expresión adusta de su rostro.

Irene sonrió fugazmente y asintió como muestra de agradecimiento. Lo había conseguido.

Cerró los ojos y escuchó los gruñidos que los bueyes emitían al sentir cómo se les escapaba la vida. La sacerdotisa pronunciaba distintas palabras y se dirigía a Atenea y otras deidades para que aceptasen los sacrificios, pidiendo que los atenienses no fueran abandonados frente a los despiadados enemigos. Irene se permitió en

ese momento su propia súplica y se dirigió a la patrona de la polis entre susurros:

–Atenea Polias, imploro tu ayuda. Ayuda para que el bebé que llevo en mis entrañas nazca fuerte y sano. Ayuda para que mi esposo pueda conocerlo y no muera en combate en la guerra venidera. Ayuda para...

Sin embargo, Irene no pudo terminar de pronunciar sus peticiones. El olor a sangre había anegado el recinto, acompañado por el sonido de los chorros que emanaban del cuello de las víctimas, y la joven canéfora no pudo evitar una sonora arcada que la hizo estremecerse y llevarse las manos al vientre, arqueando el cuerpo involuntariamente.

La sacerdotisa mayor calló de repente y dirigió una mirada fulminante a la joven. El sonido de los cuchillos atravesando la carne también se interrumpió. Un clamor de sorpresa se extendió entre el resto de canéforas, que miraban de reojo a su compañera. Irene apenas podía incorporarse. Solo Hipólita trataba de ayudarla, cogiéndola por los hombros, pero nada impidió que Irene lanzara una segunda arcada y vomitara.

Un silencio abrumador inundó la acrópolis.

La hija de unos traidores laconizantes acababa de mancillar el recinto sagrado de la ciudad durante el día más importante del año. La diosa protectora de Atenas no pasaría por alto tal ofensa.

El calor sofocante, el hedor a sangre y el embarazo pudieron con Irene. La joven comenzó a confundir unas formas con otras, desdibujó el rostro de Hipólita y cayó desmayada al suelo mientras todo a su alrededor se volvía negro.